

ban, se extendían campos que guardaban aun girones de sus vestidos de invierno.

El agua salpicaba bajo las patas del trineo y hacía volar en el aire pedazos de barro y nieve.

—¡Qué estúpida es la juventud!—exclamó Maiakín á media voz.

Tomás no le miró.

—Se vé un tronco de árbol, se le toma por un espectro... y se hace objeto de espanto...

—Hablad con sencillez, dijo Tomás con voz sorda.

—Todo está dicho; y es bien claro: las jóvenes son la crema, las mujeres la leche; pero las mujeres están cerca y los jóvenes están lejos... Ve á casa de Sonka, puesto que no te puedes pasar sin ello, pero dídle francamente: «Esto quiero»... ¡Tonto! debes comprender perfectamente que siendo pecadora, es más accesible. ¿Por qué te disgustas por qué pones esa cara?

—No comprendéis, dijo con dulzura Tomás.

—¿Qué es lo que no comprendo? Yo lo comprendo todo.

—¡El hombre tiene un corazón, un corazón!—repitió el joven cen un extenso suspiro.

—Es porque entonces carece de talento, le respondió Maiakín.

VI

Sentimientos de odio, de venganza y de cólera se disputaban el corazón de Tomás, cuando entró en la ciudad. Un deseo salvaje de insultar á la Medinskáia, de humillarla se había apoderado de él.

Con los dientes apretados y las manos metidas en los bolsillos, dió vueltas en las habitaciones de su casa, durante varias horas, irguiendo siempre su elevada talla. Su corazón lleno de hiel no le cabía en el pecho. Sus pasos pesados golpeaban el suelo con cadencia, como si éste tuviese la culpa de su cólera.

—¡Oh! ¡la vil criatura!... ¡con su aspecto de ángel!

Su memoria le representaba fielmente la imagen de Pelagia y murmuraba con amarga alegría:

—¡Una mujer perdida!... ¡pero cuanto mejor! Aquella no disimulaba nada. Descubría á la vez su cuerpo y su alma. Debía tener el corazón tan blanco y tan firme como su seno...

Con voz tímida, la esperanza murmuraba á su oído: «Ya ves hen mentido!...»

Pero recordaba el discurso violento y convencido de su padrino, y aquella esperanza se desvanecía. Rechinaba de nuevo los dientes y ensanchaba su ancho pecho. Pensamientos malos cercaban su corazón como espinas que entran en la carne y su corazón sangraba y se retorció en un sufrimiento agudo.

Cubriendo de lodo á la Medinskáia, Maiakín había roto el encanto y destruido en su ahijado el temor respetuoso que ella le inspiraba.

La primavera recrudesció el trabajo y cuidados de toda índole absorbieron á Tomás. Aquello fué una diversión saludable y que procuró un poco de calma á su corazón ulcerado. El dolor que le causara la pérdida de un sér venerado, había animado su cólera contra la mujer y este pensamiento, á que ella no era inaccesible, se la representaba aún más agradable. Insensiblemente comprendió y se decidió bruscamente á ir casa de Sofía Pavlovna, y decirle sin rodeos lo que deseaba obtener de ella. Experimentó una gran alegría de su resolución y partió con paso ligero, no pensando otra cosa en el camino, que el modo más diestro y más conveniente de expresarle su deseo. Los criados acostumbrados á su asiduidad le anunciaron seguidamente que la señora estaba sola en el salón.

Se turbó... pero un espejo le reflejó su imagen elegante, oprimido por la levita, su rostro moreno

orlado de una barba sedosa y fina y sus grandes ojos negros serios y dulces. Alzó los hombros y atravesó la sala con paso seguro.

Entonces á medida que avanzaba, percibía más netamente los sonidos de un instrumento de cuerda, sonos bizantinos que conmovían el alma y parecían ya reír con risa triste y silenciosa, ya gemir en una queja lamentable y desesperada. Tomás no amaba la música: le impresionaba siempre profundamente. En estos momentos, cuando el órgano de Berbería en la taberna tocaba aires melancólicos, sufría físicamente y se veía forzado á mandar parar la música ó alejarse. No podía permanecer insensible á aquellos discursos sin palabras, pero llenos de lágrimas y de gemidos.

Llegado al dintel del salón se detuvo involuntariamente. Uno de esos cortinajes japoneses en que las perlas multicolores representan plantas extrañas, oculaba la entrada; los largos hilos de perlas se movían al menor soplo y en las sombras ligeras de las plantas parecían temblar en el aire. Aquella barrera transparente no ocultaba á los ojos de Tomás el interior del salón. Pudo ver á Medinskaia sentada en su rincón favorito en la dormilona y tocando la mandolina, un amplio quitasol japonés aplicado á la pared reflejaba sus tintes caprichosos sobre la mujer menudita vestida de obscuro. Una lámpara muy alta con gasa roja, proyectaba sobre ella un resplandor de puesta de sol.

Los sonos armoniosos de las cuerdas vibraban en la semi obscuridad de la habitación. De pronto dejó caer el instrumento en sus rodillas y mientras que sus dedos continuaban recorriendo las cuerdas mudas, su mirada fija pareció ver algo ante ella.

Tomás exhaló un suspiro.

En el aire la melodía se moría y el rostro de Sofía cambiaba sin cesar, como si las sombras que la envolvían no hubiesen hecho más que rozarla sua-

vemente hundiéndose en el acto bajo el brillo ardiente de sus pupilas.

Tomás la miraba y notaba que, vista así, no era tan linda como cuando ella se mostraba en sociedad. Su rostro más grave, parecía envejecido; sus ojos no tenían la dulzura y la caricia que estaba acostumbrado á ver en ellos: no expresaban sino la fatiga y el aburrimiento. Su postura acusaba una lasitud infinita como si hubiese sido incapaz de todo movimiento. Tomás se apercibió que todo deseo se desvanecía para dar lugar en su corazón á otro sentimiento. Hizo un movimiento y tosió.

—¿Quién es?—dijo la joven con sobresalto.

Las cuerdas vibraron y sonaron con inquietud.

—Soy yo, respondió Tomás, apartando con las manos las perlas del cortinaje.

—¡Ah! ¡sois vos!... Entráis tan callando. ¡Me siento dichosa al veros! Pero sentáos. ¿Por qué habéis estado tanto tiempo sin venir?

Ella le tendió una mano y con la otra, le indicó una butaca baja, á su lado. Sus ojos sonreían dichosos.

—He ido al puerto á visitar mis barcos, respondió Tomás, con tono suelto y acercando su butaca á la dormilona.

—¿Hay mucha nieve ahora en los campos?

—¡Bastante! pero se empieza á fundir; los caminos impracticables están cubiertos de agua.

La miraba y sonreía. La libertad de sus ademanes y la expresión nueva de su sonrisa debieran chocar á la Medinskaia, pues se envolvió en su bata y se alejó un poco de él. Sus ojos se encontraron y ella bajó la cabeza.

—¡Ah! ¡La nieve se funde! articuló con languidez. Y examinó con detención la sortija que llevaba en su dedo meñique.

—Sí, hay arroyos en todas partes, replicó Tomás

absorto en la contemplación de sus zapatos de charol.

—¡Qué alegría... llega la primavera...

—No tardará.

—La primavera está cercana... murmuró la Medinskaia.

Y pareció escuchar su propia voz.

—La estación de los enamorados, dijo burlescamente Tomás frotándose enérgicamente las manos.

—¿Os enamoraríais por casualidad? le preguntó ella secamente.

—No es de mí de quien se trata... yo estoy hace mucho tiempo enamorado de la vida...

Y diciendo aquellas palabras, Tomás se volvió á aproximarse á ella, con sonrisa triste y confusa en los labios.

Ella le arrojó una mirada distraída, después se puso á pellizcar las cuerdas de la mandolina y dijo:

—La primavera... ¡qué dichoso sois de estar en la aurora de la vida! Vuestro corazón desborda de fuerza... y nada le obscurece...

—¡Sofía Pavlovna! exclamó Tomás dulcemente.

—¡Escuchadme, amigo! algo tengo que deciros hoy no menos bueno... Sabed que los que han vivido mucho tienen también momentos en que hallan en un rincón de su corazón cosas olvidadas desde largo tiempo... Estas cosas dormían en el fondo del corazón... pero no habían perdido el perfume de la juventud y cuando el recuerdo las despierta, exhalan un dulce aroma de primavera... una frescura vivificante de aurora... Esto es magnífico, aunque bastante triste...

Las cuerdas temblaban y lloraban entre sus dedos, y esta armonía, mezclada con la voz de la joven acariciaba dulcemente el corazón de Tomás. Pero, inquebrantable en su resolución, no comprendía el sentido de las palabras que ella le dirigía y se decía:

—¡Sigue! No creo ya ni una palabra de lo que cuentas...

Este pensamiento le enervaba... Sentía no poder escucharla ya con la misma atención.

—¿Habéis reflexionado alguna vez en el modo como se debe vivir? le preguntó ella.

—A veces... después se olvida... ¡No tengo tiempo! dijo Tomás sonriendo. Por lo demás, ¿para qué pensar en ello? Los demás viven, lo más sencillo es imitarlos...

—¡Oh!.. ¡no hagas eso! ¡Tened piedad, por vos mismo! ¡Sois tan bueno! Poseéis algo de excepcional ¿qué, que es? No sé. Pero lo siento... Y tengo miedo de que la vida no os sea atrozmente dura de vivir... Estoy convencida que seguiréis la senda trazada, no seguiréis á la gente de vuestra esfera, no. Una vida únicamente dedicada á la ganancia, á la caza de los rublos, al comercio ¡oh, no! Lo sé, deseáis otra cosa; ¿no es verdad?

Ella hablaba de prisa, con agitación.

Tomás pensaba, mirándola:

—¿A dónde iré á parar?

Respondió lentamente:

—Lo que desearía, lo deseo ya quizás...

Ella se había aproximado á él, juntaba su rostro con el suyo él le decía en tono de súplica:

—Escuchad, no viváis como todo el mundo. Organizado de otro modo vuestra existencia... Sois fuerte, joven ¡y tan bueno!

—¡Pero suponiendo que soy bueno todo debe sonreírme! exclamó Tomás, embargado por la emoción y sintiendo su corazón latir con violencia.

—¡No sucede siempre eso! ¡Y en este mundo los buenos son menos dichosos que los malos! replicó tristemente la señora Medinski.

«¡Ayudadme Dios mío!» pronunció en mientes Tomás. Después, empezó á hablar en voz baja, con el corazón oprimido:

—¡Sofía Palovna! ¡Ya basta! Es necesario que hable... He venido expresamente para deciros esto: llegó la hora de concluir... es necesario obrar lealmente... francamente... Primero me habéis atraído, ahora me desdenáis. Vuestras frases no son siempre claras... mi inteligencia es lenta... pero siento... siento que queréis ocultar... y lo veo, ¡comprendéis muy bien el por qué de mi venida!...

Sus ojos llameaban, su voz vibraba y tomaba más amplitud á medida que hablaba.

Ella hizo un movimiento, y dijo con espanto:

—Parad...

—¡No debo hablar!...

—Sé lo que queréis decir...

—¡No lo sabéis todo! dijo Tomás levantándose bruscamente, con aire amenazador. ¡Yo sé todo lo que os conviene todo!

Se levantó como para irse, pero se volvió á sentar al cabo de un momento.

Su rostro estaba severo, sus labios apretados, bajaba los ojos y Tomás no veía su expresión.

El se había imaginado que cuando le dijese: «Sé todo», ella quedaría aterrada, vergonzosa y confusa, le pediría perdón de haberse burlado de él. Entonces la cogería entre sus brazos, la besaría.

Pero nada de esto había ocurrido: era él, él quien se turbaba ante su calma: la miraba, buscaba sus palabras y no las encontraba.

—¡Tanto mejor! repitió con tono firme y seco. ¿Habéis sabido todo, decís? y me habéis condenado como una cosa justa... Comprendo... soy culpable para V... Pero no... no puedo justificarme...

Se calló de repente, con gesto nervioso llevó el brazo á su cabeza y arregló sus cabellos.

Tomás exhaló un hondo suspiro.

Las palabras de la señora Medinskaia le habían devuelto una última esperanza y replicó con tono amargo:

—La miraba á veces y me decía: «¡Qué hermosa es, qué buena y dulce es mi paloma!» y hé ahí que usted también, se dice culpable. ¡Ay de mí!

Su voz se apagó.

Ella se puso á reir dulcemente.

—Es usted un excelente muchacho, pero raro. ¡Y qué lástima es que no pueda usted comprender todo eso!...

El joven la miraba sintiéndose desarmado por sus palabras afectuosas y su triste sonrisa.

Todo cuanto en su corazón existía de dureza contra ella se deshacía al cálido mirar de sus pupilas.

Se le representaba muy pequeñita, sin defensa, parecida á un niño.

Le hablaba con voz llena de caricias y de súplicas, le sonreía, pero Tomás no la escuchaba.

—He venido, replicó él, cortándole la palabra, no tenía lástima... pensaba: «Se lo diré todo». Pero no he dicho nada... ni tengo ganas... mi valor ha sucumbido... Estoy en poder de usted... ¡Ah! ¿para qué la he visto? No es usted nada para mí. Es necesario partir.

—¡Espere, amigo mío! ¡no parta usted! dijo ella rápidamente tendiéndole la mano. ¿Por qué tan bruscamente? No me guarde usted rencor. ¿Qué puedo ser para usted? Le hace falta otra amiga, un alma también sencilla, sana como la de usted. Debe ser alegre y robusta. Yo soy una vieja... Me aburro á cada momento... ¡mi vida es tan vacía y tan triste!... ¡Tan vacía! ¿Entiende usted?... cuando el hombre se habitúa á llevar una vida alegre y que ya nada puede alegrarla de nuevo, es desgraciado. Querría ser alegre, reir... y ya no es él quien ríe, es la vida quien se ríe de él. Y el mundo... ¡Escúcheme usted! Le doy un consejo de madre: le ruego, le suplico, no escuche usted á su corazón.

Viva usted como él le ordene. Los hombres no saben nada, no pueden decir nada verdadero... no los escuche.

Trataba de hablarle simplemente para hacerse comprender, pero se agitaba y las palabras se seguían rápidas, incoherentes.

Una sonrisa amarga erraba en sus labios y su rostro había perdido toda la belleza.

Tomás hizo un gesto de cansancio y, por toda respuesta dijo con voz sorda:

—¡Adios!

—¡Adios! le respondió dulcemente la Medinskaia.

No le dió la mano y volviéndole la espalda dulcemente se alejó.

Pero, apenas había dado dos pasos, se sintió lleno de piedad y volvió á medias.

Ella continuaba en el mismo sitio, inmóvil, en el rincón del salón, los brazos colgando y la cabeza inclinada sobre el hombro.

Comprendió que no podía dejarla así, se turbó y dijo en voz baja, pero sin arrepentimiento:

—¡Si la he ofendido, perdóneme, porque la amo, á pesar de todo!

Y suspiró profundamente.

Ella tuvo una risa extraña y dulce.

—No me ha ofendido usted... ¡Dios le proteja!

—¡Entonces, adiós! repitió Tomás más bajo.

—Sí, respondió en el mismo tono.

Tomás apartó con la mano los hilos de perlas del cortinaje que se agitaron en un rumor ligero y le rozaron la mejilla.

Tembló al contacto frío, y salió, llevando un peso indefinible y doloroso.

En su pecho, su corazón latía con golpes desiguales.

Hacía una noche clara. El hielo había cubierto

los charquitos de agua de finas láminas heladas que relucían como plata.

Tomás iba por la acera, y con la contera de su bastón, hería el hielo que se rompía con un rumor seco.

Las casas proyectaban en su camino sombras cuadradas y los árboles fantásticos dibujos; algunos parecían inmensas manos que trataban vanamente de hincarse en la tierra.

—¿Qué hace en este momento? pensaba Tomás, representándose á la joven sola en su salón al lado del quitasol japonés, anegada en el rojo resplandor de la lámpara.

—Vale más olvidarla, decidió.

Pero el olvido no venía.

Ella y siempre ella ante sus ojos, excitando ya su piedad, ya su ira que se exasperaba hasta el furor.

Su imagen era tan clara y su recuerdo tan preciso, que le parecía llevar esta mujer en sí, como un peso enorme, en el pecho.

Un coche avanzaba á su encuentro, llenando el silencio de la noche con el ruido de las ruedas que rechinaban sobre el hielo ó resbalaban sobre el empedrado.

Cuando entraba en una parte alumbrada de la calle, el ruido aumentaba; en la sombra parecía más sordo y más lejano. El cochero y un viajero sentado á su lado, dando saltos en su asiento, se confundían con la grupa del caballo en una masa confusa é informe.

El suelo estaba sembrado de manchas de sombra y luz, pero á lo lejos la obscuridad era tan profunda que daba la ilusión de un verdadero muro interceptando la calle y subiendo hasta el cielo.

Tomás no comprendía que estas gentes supiesen á donde se dirigían... y él tampoco lo sabía... Se representaba á su casa: las seis grandes piezas que

él solo habitaba, la tía Antheisa en peregrinación, para ver un convento y quizás no volviese más á verla: moriría sin ninguna duda; Juan, el viejo guardián, medio sordo; Secletia, una vieja solterona, cocinera y ama de llaves, y un perro negro hirsuto, también muy viejo.

— Quizás debería casarme, decididamente, pensó Tomás.

Pero esta idea le pareció irrealizable y le turbó. Era sin embargo una cosa bien fácil.

No tenía más que decirlo mañana á su padrino, que bien pronto le encontraría una novia y no se pasaría ni un mes sin que una mujer entrase en su morada.

Día y noche la tendría con él. No tendría más que decirle: «Salgamos», y saldría; «Vámonos á acostar», ella se acostaría.

Cuando quisiera abrazarle, ella podría hacerlo quisiera él ó no. Si le dijese nó y la echase, ella se ofendería.

¿Qué podría hablar con ella? ¿Y qué encontraría ella por decirle?

Todas las jóvenes conocidas desfilaban en su imaginación, todas hijas de comerciantes. Algunas eran lindas y ninguna habría querido otra cosa mejor que casarse con él.

Pero ninguna le tentaba y á ninguna deseaba para esposa.

¡Qué molesto y cuánta vergüenza debe costar, hacer de una linda muchacha, vuestra mujer!... ¿Y qué de interesante pueden decirse los novios jóvenes la noche de bodas, en la alcoba nupcial?

Tomás ensayóse, pensando en ello; buscó las palabras que diría en semejante situación y se puso á reír, confuso, no encontrando ninguna palabra conveniente.

Pensó entonces en Liuba Maiakín. Ella habría hablado seguramente la primera, con palabras de

rutina cuyo sentido ella misma no habría comprendido...

Le parecía que empleaba siempre palabras que le eran extrañas y que no decía lo que una muchacha de su edad, de su aspecto y de su esfera habría debido decir...

Su pensamiento se trasladó entonces á los propósitos, á las quejas de Liubov. Apresuró el paso admirado de repente de esta coincidencia de que todos los que charlaban íntimamente con él le hablaban de la vida.

Su padre, su tía, el padrino, Liubov, Sofia Pavlovna, todos querían hacerle comprender la vida ó bien se quejaban de ella.

Las frases sobre el Destino, pronunciadas por aquel viejo que había visto á bordo del barco, le acudieron á la memoria, así como muchas observaciones, reproches y quejas amargas contra la vida oídas acá y allá.

—¿Qué significa esto? se decía. ¿Qué es la vida si no son los hombres? Los hombres hablan de ello como si no fuesen ellos mismos, como si, aparte de ellos, hubiese otra cosa, algo que les impidiese vivir. ¿Es quizás el diablo?

Con este pensamiento experimentó bruscamente una sensación de frío por todo el cuerpo.

Tembló y arrojó una rápida mirada en torno de él. Como ojos sin pupila, las ventanas negras de las casas se abrían en la oscuridad. Su sombra sola corría á lo largo de las casas y de las tapias.

—¡Cocherol gritó apresurando el paso.

Su sombra le siguió muda y negra.

Creía sentir un aliento glacial detrás de él y una masa invisible, pero terrorífica que trataba de cogerle.

Enloquecido corrió hasta dar de bruces con un coche que apareció de repente, saliendo con gran ruido de alguna calle oscura, y cuando se encon-

tró confortablemente instalado en los almohadones, no osó mirar hacia atrás á pesar de las ganas que sentía.

VII

Una semana poco más ó menos había trascurrido desde la conversación que Tomás tuviera con la señora Medinskaia. Su imagen le perseguía día y noche, oprimiéndole el corazón.

Quería volver á ella, resistiase á este deseo y sufría de tal modo que, de estas luchas consigo mismo, salía destrozado, desfallecido: Callábase, pero conservaba su odio contra esta mujer, al mismo tiempo que se ocupaba activamente de sus asuntos. Sentía perfectamente, de un modo confuso quizás, que entre él y ella la cadena estaba rota, que ya no la volvería á ver como ella misma, que su sonrisa afectuosa, su dulce mirada que cada vez despertaba en él tantos deseos, que todo eso ya no existía.

Y por temor á encontrarla cambiada, se violentaba y agonizaba.

Pero ni el trabajo, ni sus ocupaciones le impedían pensar en la vida.

No discutía este problema misterioso y temible: no sabía discutir, pero impresionábase con avidez y trataba de retener todo lo que pudiese referirse á este objeto cautivante.

Frases recogidas á derecha é izquierda sin explicarle nada, aumentaban su perplejidad y su desconfianza con respecto á los hombres.

Veía perfectamente que eran diestros, listos é inteligentes y que, en los negocios, era necesario andar prudentemente, pues en los casos graves ninguno decía su pensamiento.

Estas observaciones le inspiraban el sentimiento de que sus quejas no eran sinceras. Los observaba

con ojo avizor y una arruga profunda surcaba su frente.

Una mañana, en la Bolsa, su padrino le dijo:

—Anani ha llegado... quiere verte... vé esta noche, pero cuidado con la lengua. Anani tratará de hacerte hablar de negocios... Es un pícaro, el viejo diablo... Un verdadero zorro... Mirando al cielo, os desliza la mano en el bolsillo y atrapa la bolsa.. Desconfía...

—¿Le debemos algo? preguntó Tomás.

—Ciertamente, la barcaza no está pagada... y además se ha tomado madera... Si te pide el pago inmediato, rehúsa... El rublo es como la liga: cuanto más lo guardas en la mano, más kopeks vienen á pegarse.

—¿Pero qué hacer para no pagarle, si reclama?

—Déjale llorar, suplicar y tú gime también y no des nada.

—Iré, dijo Tomás.

Anani Sawitch Tchuroff era un rico comerciante en maderas, propietario de un inmenso aserradero. constructor de barcas y balsas.

Tomás le había conocido en tiempo de su padre y este viejo hermoso, de barba blanca, derecho como una I, le inspiraba un profundo respeto aunque la pública murmuración le atribuyese una fortuna mal adquirida y le acusase de llevar una vida mala en su intimidad, allá en su lejana aldea, en medio del bosque. Ignat había contado á Tomás que Tchuroff en sus primeros años era un pobre campesino. Había, un día, acogido en su granja á un presidiario evadido al que hacía fabricar moneda falsa. Este fué el principio de su fortuna.

Su granja se incendió un día y se descubrió en las cenizas el cuerpo calcinado de un hombre que tenía el cráneo partido. El clamor público acusó á Tchuroff de haberle asesinado y haber prendido fuego acto seguido.